

Evangelio y Lecturas del III Domingo del Tiempo Ordinario

25 de enero de 2026

Primera Lectura

Lectura del libro de Isaías (8,23b-9,3):

EN otro tiempo, humilló el Señor la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, pero luego ha llenado de gloria el camino del mar, el otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles.

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande;

habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló.

Acreciste la alegría, aumentaste el gozo;

se gozan en tu presencia, como gozan al segar,

como se alegran al repartirse el botín.

Porque la vara del opresor, el yugo de su carga,

el bastón de su hombro, los quebrantaste como el día de Madián.

Salmo

Sal 26,1.4.13-14

R/. El Señor es mi luz y mi salvación

V/. El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,

¿quién me hará temblar? R/.

V/. Una cosa pido al Señor,

eso buscaré:

habitar en la casa del Señor

por los días de mi vida;

gozar de la dulzura del Señor,

contemplando su templo. R/.

V/. Espero gozar de la dicha del Señor

en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Segunda Lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1,10-13.17):

OS ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir.

Pues, hermanos, me he enterado por los de Cloe de que hay discordias entre vosotros. Y os digo esto porque cada cual anda diciendo: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas, yo soy de Cristo».

¿Está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿Fuisteis bautizados en nombre de Pablo?

Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Mateo (4,12-23):

AL enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

«Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los gentiles.

El pueblo que habitaba en tinieblas
vio una luz grande;

a los que habitaban en tierra y sombras de muerte,
una luz les brilló».

Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo:

«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos».

Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores.

Les dijo:

«Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres».

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó.

Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

COMENTARIO A LAS LECTURAS.-

La Palabra que hoy conmemoramos arroja siempre algo de luz en nuestras vidas. Esa luz que aparece en las lecturas de este domingo, esa luz que tanto añoramos cuando caminamos entre tinieblas.

Podemos decir que uno se convierte en cristiano cuando se encuentra con Jesús. Porque entonces vemos la Luz. Eso quiere decir que debemos evitar confundir la vida cristiana con un conjunto de prácticas externas, o con un código de comportamiento moral, o con una serie de verdades más o menos complicadas a las que asentir, o con la pertenencia al colectivo humano de una Iglesia... Todas esas cosas son, por supuesto, muy importantes, pero antes que ellas y previas a ellas lo esencial es haberse encontrado con Jesús.

Jesús no es un difunto, porque Jesús de Nazaret, el Señor, está Resucitado. Este Viviente amigo es el que pasa llamando, interpelando, inquietando, molestando. Peregrina por muchas vidas y se mete incluso donde no le llaman. Suele presentarse sin avisar. Nos invita como a esa doble pareja de hermanos pescadores del Evangelio a seguirle. A dejarnos fascinar y seducir por su persona, por su manera de entender la vida, por su forma de des-vivirse por los demás, por su deseo de convivir con muchos. Verle es cambiar.

«El Reino de Dios está cerca: convertíos». «Convertíos». No se nos dice: «no os mováis», «podéis quedaros con los brazos cruzados, mano sobre mano».

Cuando es de noche, podemos quedarnos quietos, sin movernos; podemos tener los ojos cerrados. ¿De qué te sirve abrir los ojos si no hay luz que te permita ver?, ¿de qué te sirve ponerte a caminar, si quizás estás retrocediendo en lugar de avanzar, o te estás extraviando? Pero cuando hay luz, las cosas cambian: «pecas» contra la luz si no abres los ojos; «pecas» contra la luz si no te pones a caminar: «caminad mientras tenéis luz, antes que os envuelva la tiniebla, caminad».

Es innegable que hay dificultades que hacen difícil, a veces, el seguimiento de Jesús. La primera es la radicalidad, la entrega total que Él propone: hay que estar dispuesto a dejarlo todo para seguirle. Así lo hicieron aquellos pescadores que, dejando las redes, la barca y hasta a su padre –los hijos de Zebedeo-, lo siguieron. Comprobarán después la segunda dificultad, pues el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza: los medios con que cuentan para proclamar el Evangelio son mínimos, lo único que les servirá será su testimonio personal. Nos lo recuerda san Pablo en la segunda lectura. Y dar testimonio cuesta.

La presencia de Jesús y su Evangelio hacen más humana la vida. Se nos invita a mostrar nuestras razones de vivir, se nos invita a luchar contra la enfermedad. Donde se hace presente el Evangelio se promueve el amor a la vida y el servicio a la vida. Evangelización y promoción humana no son realidades extrañas; van del brazo. El Evangelio se dice con palabras que anuncian a Jesús y se dice con gestos «hechos en el nombre del Señor Jesús». Y en la Palabra de Dios tenemos recogidas esas palabras. No desaprovechemos la oportunidad de escucharlas. Esa Palabra está disponible siempre.

NNDNN

✠ Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que "La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente".
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que "tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza", recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el
cielo.***

***Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.***

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

***Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y
siempre y en los siglos de los siglos.***

Amén.

Versión en

Latín:

Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.

veniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.

***Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et
nos dimittimus debitoribus nostris.***

Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.

***Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc
et semper et in saecula***

Amen

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que "ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María", rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " ten piedad "....

"Señor (inspiración), ten piedad (expiración), o bien: " " Señor Jesucristo

(inspiración) *ten piedad* (expiración).

Larga Vida Al Temple